

GUERRA Y CAUDILLOS EN LA DELIMITACIÓN DE LA FRONTERA SUR DE COLOMBIA (1809-1834)

Guillermo Sosa A.*

Un largo y complejo proceso antecede el establecimiento de las fronteras. Factores de toda índole, desde económicos hasta culturales coadyuvan, tanto en la configuración como en la inestabilidad potencial de estas áreas y, en tal sentido, su análisis también puede asumir numerosas vías y detenerse en una amplia gama de niveles.

El proceso de Independencia dio lugar al despliegue de estrategias en procura del control territorial y de la institucionalización de nuevas jurisdicciones políticas. Una zona particularmente crítica respecto a lo anterior, fue el suroccidente de lo que hoy constituye la República de Colombia y que en el contexto del orden colonial correspondió a la gobernación de Popayán, adscrita a la Real Audiencia de Quito. A continuación se pretende describir, desde una óptica política, las principales circunstancias que incidieron en la conformación de la frontera nacional en cuanto a dicha región se refiere.

Se han tenido en consideración tres variables principales: las necesidades de la guerra tal y como los patriotas y españoles la plantearon, el papel de los caudillos frente a los centros de poder y la forma como estos últimos buscaron delimitar un espacio nacional frente a las pretensiones de las ciudades y sus áreas de influencia. La perspectiva que se ha adoptado, así como las variables que se han escogido, no agotan el tema, pero sí permiten entrever respuestas al tema que nos interesa estudiar, cual es el de la configuración de las fronteras nacionales en un contexto poscolonial.

* Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Santafé de Bogotá.

UNA FRONTERA MILITAR

El 10 de Agosto de 1809, la recién instalada Junta Suprema de Quito envió al cabildo de Pasto una comunicación solicitando su adhesión. He aquí sus argumentos: esa ciudad no podría prescindir para su supervivencia del Reino de Quito y al estar colocada entre dos jurisdicciones superiores, no podría conservar su independencia. De otro lado, los rebeldes manifestaban su necesidad de contar con una frontera segura al norte. Por todo esto, llegaban a la conclusión de que Pasto debería asociarse a Quito, antes que a Santafé la que, según ellos, no mostraba mayor interés por esa ciudad. El primer argumento no era totalmente cierto. Si bien existía intercambio de algunos productos, éste no era de una naturaleza tal que colocara a Pasto en una situación de total dependencia. El segundo era totalmente válido. Puede resumirse el curso seguido por la ciudad como la historia de un intento, llevado hasta las últimas consecuencias, por salvar su autonomía frente a adversarios políticamente más fuertes. Todo ello inscrito en un marco en el cual la legitimidad del poder es concebida bajo la concepción absolutista acerca de la naturaleza de la monarquía y de sus relaciones con la Iglesia.

La ciudad de Popayán tampoco accedió a las solicitudes de los rebeldes quiteños.¹ Éstos, por su parte, avanzaron hacia el norte con el ánimo de tomarse Pasto, nutriendo sus filas con gentes de Imbabura, Túquerres e Ipiales. El 16 de octubre fueron derrotados por fuerzas compuestas de pastusos, payaneses y patianos. Así concluyó la primera de una serie de acciones en las cuales estuvo en juego el control sobre una parte del territorio perteneciente a la gobernación de Popayán. La ocupación de los patriotas quiteños se dio en función de un objetivo militar inmediato y tuvo como soporte ideológico el retorno de la soberanía al pueblo y la defensa de "la igualdad y la libertad". En una mezcla de las teorías pactistas del siglo XVI y de las concepciones de la Ilustración, los dirigentes se asumieron como el pueblo que —en una situación en la cual el príncipe no responde a sus clamores ya porque hubiera seguido el camino del despotismo o porque se encontrara impedido para gobernar como era el caso— estaba legítimamente autorizado para constituir un nuevo orden político.

De otro lado, la proclamación de la igualdad entre peninsulares y criollos era formulada por estos últimos bajo la concepción según la cual la mayoritaria población indígena quedaba al margen del cuerpo político, lo que

1. S. Arroyo y J. Valencia, "Apuntes históricos sobre la revolución de la independencia en Popayán", *Biblioteca Popular*, vol. XII, Nos. 119-120; M. J. Castrillón, "Apuntamientos históricos curiosos sobre la guerra de independencia en Popayán", *Boletín histórico del Valle*, vol. 2, Nos. 21-22, Cali, 1934.

contrastaba con el sentido colonial que, a partir de la idea de las dos repúblicas, le había otorgado a los indios una vida política.

Por parte de los pastusos se trataba de una ocupación ilegal de sus territorios, los cuales defendieron en nombre de los tradicionales fueros de las ciudades, del rey y de la religión. Para ellos, la soberanía jamás recaía en los pueblos y el solo acto de formularlo implicaba un “regicidio sacrilego”. Dios, en ningún caso, autorizaba a los pueblos para constituirse en soberanos. En Pasto, las teorías de la neoescolástica española y menos las de la Ilustración tenían seguidores.²

Los quiteños buscaron establecer una línea de defensa para salvaguardar el centro político de una sociedad entendida por las élites criollas como preexistente a cualquier contrato y, por lo tanto, inmune a la posibilidad de dispersarse en sus elementos constitutivos. Se trataba de construir y fortalecer, fundamentalmente, una frontera militar, en ningún caso una de tipo nacional, expresión que por lo demás, en ese momento no formaba parte del discurso político.

En esos momentos primaban dos visiones de la nación en las cuales no tenía cabida un estado autónomo que ejerciera plena soberanía sobre un territorio claramente delineado. Los criollos asumían que la nación se manifestaba en la heterogeneidad de una nación “española” y otra nación “americana” o como una comunidad “sometida a una autoridad común”.³

Los hechos que aquí se describen, así como los que vendrían luego, colocaban en el centro de las tensiones ideológicas la naturaleza del “reino” o de los “reinos” y su relación con “las patrias”. El reino, como la unificación de pueblos, encarnado en el monarca, se veía en esos momentos fragmentado por unos “pueblos” entendidos como “comunidades territorializadas y ordenadas”.⁴ El paso del “reino” a la nación en su sentido moderno se daría a través de un largo proceso mediante el cual dichos pueblos tenderían a desaparecer como tales al superar la territorialidad y el orden que garantizaba el unanimismo.

Los quiteños aprovecharon el antiguo conflicto entre la provincia de los Pastos y la ciudad de Pasto, haciendo que la primera se adhiriera a sus filas, lo cual no fue suficiente para el logro de sus objetivos militares. No obstante, los hechos de guerra aproximaron a gentes de Ipiales y Túquerres con otras dependientes de la ciudad de Quito, a la vez que alimentaron las tensiones que aquellas, desde mucho tiempo atrás mantenían con Pasto. En la misma perspectiva, estos acontecimientos colocaron

2. Auto y Proclama del Cabildo de Pasto. Agosto 29 de 1809, Gustavo Guerrero, *Documentos históricos de los hechos ocurridos en Pasto, en la guerra de la Independencia*, Pasto, 1912.

3. Marie-Danielle Demélas e Yves Saint-Geours, *Jerusalén y Babilonia. Religión y política en el Ecuador 1780-1880*, Corporación Editora Nacional/IFEA, Quito, 1988, pp. 50-55.

4. *Ibid.*, pp. 70-77.

más cerca políticamente a Cali de Quito, que de Popayán y Pasto.⁵

En el enfrentamiento entre independentistas y seguidores de la Corona, los recursos políticos de la época se utilizaron con base en los conflictos entre las ciudades, dando lugar a alianzas militares coyunturales que, en el caso que estudiamos, no derivaron en la conformación de una organización política unificada. La ocupación territorial obedeció a una necesidad militar y se inscribió en esa rivalidad ahora integrada como un factor dinámico en la lucha entre quienes aceptaban la autoridad de la Junta de Sevilla y quienes la desconocían y de paso construían su propio esquema de poder. Esa misma necesidad fue la que llevó a los quiteños, en 1811, a incursionar nuevamente sobre Pasto, a la cual vencieron y ocuparon.

Estas confrontaciones permiten descubrir la amplia gama de combinaciones ideológicas que asumió la lucha entre uno y otro bando. Lejos de poder asimilar la defensa beligerante de la religión a los realistas, el caso que se comenta muestra a la Junta de Quito dirigida por el Obispo de la ciudad combatiendo, en nombre de la doctrina cristiana, con un sentido milenarista que tenía ecos de la utopía franciscana del siglo XVI. Las pocas alusiones documentales al respecto señalan que al parecer dicho ideario fue compartido por sectores subordinados de la población que se vincularon a los ejércitos comprometidos en una especie de guerra religiosa. En el bando contrario la ciudad de Pasto proclamaba que el único camino del verdadero cristiano era seguir siendo fiel a la monarquía española. Mientras que en la Audiencia de Quito la aristocracia había separado monarquía y religión sin que esta última menguara su poder ideológico y político; en Pasto, por el contrario, se mantuvo la más férrea interdependencia, con lo que ello significaba en cuanto a vigencia del patronato real. Pero si los rebeldes hacían dicha separación era tan solo para inaugurar una nueva y más fuerte participación de la religión en el Estado. El obispo Cuero y Caicedo, presidente de la Junta de Quito —a diferencia de su colega religioso de Caracas para quien la Iglesia y el Estado debían separarse en un sentido tal que la primera podía acomodarse a cualquier forma de gobierno— abogaba por una teocracia.

Aunque se desconocen los mecanismos que le permitieron a las élites pastusas unificar a los más diversos sectores tras su ideario monárquico y religioso, se sabe que “vecinos y paisanos” de Yacuanquer, Funes, Taminango, “indios de Obonuco, Catambuco, Gualmatán, Jonjovito y otros que generosamente habían ido a auxiliarnos preparados de hondas con otra multitud de gente”,⁶ además de los cuerpos de milicias dirigidos por los patricios de la

5. Jean Pierre Minaudier, “Pequeñas patrias en la tormenta: Pasto y Barbacoas a finales de la Colonia y en la Independencia”, *Historia y Espacio*, vol. 3, Nos. 11-12, Cali, 1987, p. 157.

6. Representación del Cabildo de Pasto, *Documentos Históricos*, p. 41.

ciudad pero conformados por mestizos, todos ellos tomaron parte activa en la contienda.

Pasto, más tarde, se vio disputada también por las tropas independentistas de Cali. El nuevo factor que intervenía, además del militar, era que ahora dos centros de poder reclamaban como suya un área sobre la cual decían tener derechos consagrados por las normas coloniales. En el caso de los ejércitos procedentes del norte, más que un reclamo directo del centro político ubicado en Santafé, lo que se nota es la acción de las fuerzas locales que giraban alrededor de Cali y aunque se esgrimían asuntos legales, dando a entender el propósito de ejercer soberanía política sobre un territorio, eran predominantes las necesidades militares. Para las gentes de Pasto, la guerra que en esa ocasión libraron no iba dirigida contra ningún ente abstracto así se postulara como Confederación o República, sino que sus adversarios eran los "caleños", susceptibles, entre otras cosas, de ser objeto de burla por parte de los artesanos de la ciudad a partir de representaciones caricaturescas de sus modos de vestir.

La controversia entre las pretensiones de Quito y Cali se resolvieron por el peso de los acontecimientos. Cada uno de los ejércitos estacionados en Pasto estaba adscrito a una de las facciones patriotas que, tanto en Quito como en Santafé, pugnaban por tener el control de los aparatos de gobierno recién creados. Los quiteños tuvieron que abandonar sus reclamos territoriales sobre Pasto y partir hacia la capital, en donde las disputas internas alcanzaban dimensiones críticas. Si bien el Obispo que dirigió la guerra y los numerosos religiosos que se incorporaron al ejército en condición de comandantes lograron en un principio imponer la unidad entre las grandes familias que controlaban los órganos de poder en Quito, el conflicto se mantuvo y al final estalló. Los cuatro grandes linajes de la ciudad lucharon encarnizadamente por establecer su predominio hasta el momento en el cual la reconquista desarrolló su tarea de pacificación.

Quito y Cali fracasaron en su intento porque sus respectivas élites no encontraron el camino que les permitiera la resolución de sus contradicciones. Condujeron la guerra manteniendo una visión y una práctica fragmentada del poder. En este aspecto, Pasto resultaba ser más coherente al mantener su unidad interna y ceñirse al centralismo absolutista en los momentos críticos, así después aprovechara sus triunfos para hacer las manifestaciones más claras de una concepción pactista de la monarquía.⁷

7. Véase Francois-Xavier Guerra, *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*, Editorial MAPFRE, Madrid, 1992, pp. 185-200; para una perspectiva diferente, en la cual se resalta el papel de la religión y de la iglesia cristianas: Marie-Danielle Demélas, "La política de los prelados. El alto clero andino y el absolutismo", en Antonio Annino, *Del estado colonial al estado nación*, Franco Angeli Libri, Milano, 1987.

En principio, es el carácter realista de Pasto y Popayán lo que lleva a que la primera se convierta en frontera militar para los quiteños y a través de ese hecho a que se formulen supuestos o reales derechos territoriales. Igual cosa sucede para Cali o Santafé, de ahí que el territorio entre Pasto y el Carchi funcione como tierra de nadie o en el mejor de los casos, como corredor de paso para las tropas quiteñas. La frontera militar así establecida, estaba condicionada por la dinámica política que se vivía tanto en Quito como en Santafé. Cuando las tropas de uno u otro ejército tuvieron que abandonar ese territorio lo hicieron por la falta de unidad y consistencia de los organismos de poder recién creados en ambas capitales.

Si Quito, Cali o Santafé, con base en la importancia militar de la región cuyo epicentro era la ciudad de Pasto, intentaron hacer de la frontera bélica un espacio con características más amplias que perfilara los límites del ejercicio de una jurisdicción sostenida en principios jurídicos aunque no fueran de carácter nacional, si eso fue lo que de manera un tanto precaria intentaron realizar, de otro lado se encontraron ante una ciudad que a cada momento reafirmaba su propia jurisdicción sobre un territorio que, dadas las especiales características geográficas, era fácilmente demarcable, y reivindicaba para sí los atributos suficientes como para ser sede de la Audiencia y del Obispado.⁸ Cuando derrotó a los independentistas caleños, solicitó como reconocimiento de sus servicios a la causa del rey, además de lo anterior, la exención del pago de alcabalas, la abolición del tributo y la libertad de los estancos de aguardiente y tabaco. Una parte de las reivindicaciones que las demás ciudades elevaban mediante la creación de juntas autónomas de gobierno apoyadas por fuerzas armadas, Pasto las formulaba mediante el recurso de un acendrado monarquismo y exitosas acciones militares contra quienes desconocían a las autoridades legítimas.

FRONTERA DE CAUDILLOS

Hacia 1827, la antigua gobernación de Popayán fue escenario de fuertes rivalidades entre jefes militares que pugnaban por consolidar su poder, el que permanentemente veían amenazado por las actividades de sus adversarios y por sus propias tropas, siempre dispuestas a hacer valer sus derechos en condiciones de precariedad económica que ponía en riesgo el pago de sus sueldos, lo que entorpecía el juego de dichos jefes frente a los grandes linajes.

Los conflictos asumían un carácter personal, en la medida en que todas

8. Luis Javier Ortiz, "Participación de los sectores populares en la independencia de Pasto, 1809-1842", en *Historia y Espacio*, No. 9, Universidad del Valle, Cali, 1985, pp. 18-28.

las acciones políticas estaban mediadas por los dirigentes tradicionales.⁹ Tomás Cipriano de Mosquera ejercía influencia en la región que tenía su centro en Popayán, mientras que José María Obando lo hacía en la región que giraba en torno a Pasto. Para la época, las disputas entre los santanderistas y los seguidores de Bolívar habían alcanzado los niveles más violentos, asumiendo la forma de lucha entre adeptos al centralismo y aquellos que se orientaban por el federalismo. De los caudillos citados, el primero era ferviente seguidor del Libertador, mientras que el segundo se alineaba con Santander. De esta manera, los conflictos “inter-regionales” en un área como la de la antigua gobernación de Popayán, trascendieron a un plano más general y asumieron la característica arriba descrita.¹⁰

Lo anterior permite precisar que el caudillismo no es, necesariamente, sinónimo de federalismo, ni de localismo. Es una forma particular de darle una base social a doctrinas políticas de diverso género.¹¹

Una vez consolidadas totalmente las posiciones patriotas en el sur de la Nueva Granada a partir de 1824, el mando de la región de Pasto estuvo a cargo de Juan José Flores, quien hizo efectivas las duras sanciones impuestas por Bolívar contra las gentes acaudaladas de la ciudad. Entre esas medidas, una de las más importantes consistió en la confiscación de tierras. La aplicación de esta sanción y las demás prerrogativas que le ofrecía su condición de máxima autoridad de la región, le dieron al general venezolano y al grupo que lo secundaba, un poder considerable. Más tarde, cuando fue designado comandante general del Departamento del Sur, pretendió, desde Quito, mantener su influencia sobre Pasto y la provincia de los Pastos.

Obando, con un arraigo más directo en la región, fue designado para ocupar el cargo que había desempeñado Flores. El primero había cultivado estrechas relaciones con los pobladores del Patía, caracterizados, desde el momento en que se establecieron los primeros núcleos urbanos en la región, por su particular manera de relacionarse con las autoridades coloniales, así como con los propietarios de los hatos ganaderos con los cuales colindaban sus tierras. Un alto grado de autonomía favorecido por las condiciones geográficas y por la fortaleza de los vínculos de parentesco fue generando una comunidad de negros, mulatos y mestizos que reconoció en los primeros brotes independentistas una amenaza para lo que habían obtenido bajo el virreinato y se colocaron al servicio de las autoridades coloniales. Esto, al comienzo, lo hicieron

9. Marie-Danielle Demélas e Yves Saint-Geours, *Jerusalén y Babilonia...*, pp. 33-42.

10 Véase León J. Helguera y Robert Davis, eds., *Archivo Epistolar del General Mosquera. Correspondencia con el General Pedro Alcántara Herrán 1827-1840*, Editorial Kelly, Bogotá, 1972.

11. Véase John Lynch, *Hispanoamérica 1750-1850. Ensayos sobre la sociedad y el Estado*. Centro Editorial de la Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1987.

no como miembros de milicias disciplinadas o de ejércitos permanentes, sino a partir de las relaciones de trabajo y compadrazgo desde antaño establecidas con los propietarios del valle del Patía, quienes se asumieron como comandantes de cuerpos irregulares, cuyos miembros combinaban las labores en los plataneros con el cuidado de ganado en los hatos de dichos jefes, el abigeato y las incursiones guerrilleras. La prolongada participación de Obando al lado del bando realista le había permitido fortalecer sus relaciones con los patianos, aún más allá de lo que su padre le había heredado en ese terreno.

En Pasto devolvió las tierras que habían sido confiscadas a los terratenientes, promulgó algunas medidas favorables para los indígenas e incorporó a muchos de sus antiguos compañeros de guerrillas al ejército regular. Revirtió las medidas de castigo que el monarquismo pastuso y patiano habían propiciado y con ello dejó sin bases sociales los intereses de Flores en la región, a quien, en comunicaciones a Santafé, lo acusaba de querer invadir las tierras que estaban bajo su jurisdicción.¹² Flores, por su parte, se daba a la tarea de hacer del ejército estacionado en Quito un instrumento a favor de la integración con las más importantes familias de la ciudad. Como en el período colonial, los advenedizos militares (ya no inmigrantes peninsulares) emplearon los enlaces matrimoniales como estrategia de ascenso social y económico, Flores, oriundo de la antigua Capitanía General de Venezuela, dio el ejemplo a sus oficiales.

En esa ocasión, el conato de conflicto territorial no obedeció, como ocurrió en los años 1809 y 1812, a una necesidad de estrategia militar para salvaguardar un centro político y proteger un proyecto de independencia, amenazados de ser destruidos de manera inmediata. El problema territorial se inscribía ahora en un contexto en el cual lo que se buscaba era el establecimiento de las condiciones ventajosas que permitieran al caudillo obtener la mejor posición frente a sus pares y a los órganos de poder central en formación.

Esos intereses se movían en dos campos relativamente contradictorios. Por un lado, las pugnas entre los caudillos buscaban asegurar un territorio, controlar los recursos y a los pobladores con los cuales mantenían una relación que se podría llamar clientelar, si este término no enfatizara demasiado el carácter pasivo de las clases bajas y si no hiciera recaer el peso de los intercambios que se operaban en los elementos materiales.¹³

De otro lado, las disputas entre los caudillos intentaban fortalecer una de las opciones que a nivel supraregional se enfrentaban para determinar el desarro-

12. José María Obando, *Apuntamientos para la historia*, Editorial Bedout, Medellín, 1969, pp. 80-92.

13. Véase Malcolm Deas, "Algunas notas sobre la historia del caciquismo en Colombia", en *Revista de Historia*, No. 2, Bogotá, pp. 29-53 y "La presencia de la política nacional en la vida provinciana, pueblerina y rural de Colombia en el primer siglo de la República", en Marcos Palacio, *La unidad nacional en América Latina... Del regionalismo a la nacionalidad*, El Colegio de México, México, 1983, pp. 149-173.

llo de la entidad general que se empezaba a construir. Las pugnas en torno al federalismo y al centralismo le dieron una connotación más amplia a los intereses de los caudillos, así éstos optaran por la construcción más atomizada posible. No hubo en estos episodios, ocurridos en la década de 1820, una controversia en nombre de nación alguna: en el marco de la Gran Colombia, en el mejor de los casos, lo que se trataba de defender eran los límites departamentales.

Un evento en el cual puede valorarse la incidencia de lo nacional tuvo lugar en 1828, a raíz del fracaso de la Constitución de Ocaña; la aceptación de la dictadura por parte de Bolívar y la subsiguiente conspiración contra su vida. Se trató del levantamiento que dirigió José María Obando a nombre de la defensa de la Constitución y que lo llevó a controlar, por la vía de las armas, desde Popayán hasta la provincia de los Pastos. Según el mismo Obando, para llevar a cabo su acción tuvo en cuenta la que protagonizaba el general La Mar contra el Departamento del Sur (futuro Ecuador) perteneciente a la Gran Colombia.¹⁴ Hubo en el proyecto de Obando la designación de una línea especial hasta la cual, supuestamente, las tropas peruanas llevarían a cabo su ocupación militar. Más al norte, tan solo algunas compañías de ese país se limitarían a prestarle su apoyo hasta tomarse la capital. El caudillo trazó su estrategia militar teniendo en mente una configuración del espacio que no era otra que la correspondiente a la de la antigua Real Audiencia de Santafé, incluyendo las provincias de Popayán y Barbacoas. No obstante lo anterior, no se le debe dar un carácter determinante a la organización administrativa colonial en la configuración de los espacios nacionales. A pesar de su importancia, fue el devenir político y social el que en cada momento confirmó o descartó los límites trazados por la Corona española.¹⁵

Para Obando no se planteaban mayores problemas al tener que recurrir a tropas extranjeras, ni al considerar la posibilidad de que fueran destruidas las autoridades de Quito. Con el gobierno de esta ciudad no se manifestaba ningún compromiso, así formara parte de la misma República de la Gran Colombia. La frontera sur del Departamento Central (futura Nueva Granada) se pretendía definir ahora en función de la coincidencia política entre dos estados independientes, el peruano y el que organizaría el caudillo Obando.

En principio, la coincidencia política no pasaba del rechazo a las orientaciones de Bolívar en torno a la pretensión de construir una nación geográficamente extensa y con un fuerte gobierno central y los objetivos políticos no se veían limitados por ninguna ideología que hiciera del territorio algo ab-

14. Véase José María Obando, *Apuntamientos...*, pp. 100-120; José Hilario López *Memoorias*, Editorial Bedout, Medellín, 1969, pp. 210-260.

15. Véase Jaime Jaramillo Uribe, "Nación y Región en los orígenes del Estado nacional en Colombia", en I Buisson y G. Khale, eds., *Problemas de la formación del estado y la nación en Hispanoamérica*, Koln Bonn, 1984, pp. 186-220.

solamente inalienable. La frontera tuvo —en situaciones de guerra— ante todo, una connotación de patrimonio del caudillo, el cual mantenía la posibilidad de manejarla con bastante libertad, ya fuera para consolidar su poder interno, para neutralizar a un adversario externo o, en último término, para alcanzar instancias de poder suprarregional.

El resultado final de tal episodio, a pesar de lo adverso que fue a nivel militar para Obando, le permitió buena parte de lo que buscaba. En todo caso, el manejo político y militar que hizo de los territorios bajo su dominio, llevó a que se constituyeran en una frontera cuyo control podía definir la suerte de la Gran Colombia reviviendo, en parte, la connotación que habían tenido en el proceso independentista, cuando se erigieron en muralla para las tropas bolivarianas que buscaban dominar el sur del continente. Sus pobladores ya no se oponían a la independencia, ni buscaban restauración colonial alguna, pero sí rechazaban el proyecto de la gran nación bolivariana. Pero más que eso, se oponían a un cierto tipo de autoridad que era vista como excluyente.

El poder que el caudillo defendía, en un espacio geográfico mucho más limitado —que en parte se correspondía con la antigua Audiencia de Santafé— no puede considerarse en sí mismo negativo, como tampoco puede considerarse en sí mismo positivo el proyecto de la Gran Nación. La opción “localista” no era el fruto exclusivamente de la voluntad, como tampoco lo era aquella a la cual se oponía. Una y otra se correspondían con el volumen de capital político que los dirigentes independentistas mantuvieron una vez terminada la guerra. Todo lo cual no debe llevar a desconocer que lo que sí se repite con relación al control territorial tiene que ver, indirectamente, con el mantenimiento de los fueros y privilegios de las viejas ciudades coloniales.

Dichos fueros le impusieron a la construcción de las naciones andinas, y en general a las iberoamericanas, un proceso complejo que, en muchos casos, no fue atendido adecuadamente por las fuerzas políticas y el Estado. De otro lado, la guerra más allá de erigir una serie de caudillos, por intermedio de ellos introdujo fisuras en las visiones localistas de las viejas y nuevas élites, de ahí que el caudillismo en el medio granadino no haya sido ni tan fuerte ni tan prolongado como en otros países latinoamericanos. Lo cual no quiere decir que la sociedad, en general, y las ciudades, en particular, hayan dejado de ser, en lo fundamental, comunidades cerradas.

La derrota de la alianza Obando-La Mar impidió una reconfiguración de los espacios nacionales, pero demostró hasta qué punto éstos se encontraban condicionados por difíciles acuerdos políticos y la acción de la fuerza militar.

La pugna caudillista, la defensa de sus respectivas áreas de influencia y la determinación de las fronteras geográficas que ello significaba, colocaron en un primer plano contenidos de carácter patrimonial, que lógicamente obstaculizaban cualquier proceso de integración nacional. Si a la vez tenemos en

cuenta, como ya lo hemos anotado, que estos caudillos trascendieron con sus concepciones políticas y sus acciones el ámbito local —en el cual, de todas maneras, su poder era el fruto de múltiples transacciones— llegamos a reconocer que en el manejo del territorio se encontraron dos dinámicas contradictorias. De un lado, el ejercicio de la autoridad cimentada en la territorialidad y de otro, la vigencia de unos referentes institucionales que, aunque precarios, tenían efectos importantes. Inclusive aquellas zonas en las cuales fue notable la ausencia de cualquier órgano del Estado y donde los caudillos asumieron el papel de administrarlas, no fueron ajenas al referente estatal. Tampoco se trató de un proceso mediante el cual, paulatinamente, la territorialidad representada por los caudillos se fue institucionalizando hasta que el Estado asumió el control del espacio nacional. Fue un proceso alimentado por ambas corrientes, lo que significó, en muchos casos, el bloqueo y la crisis en el desarrollo del Estado, entendido como instancia de ordenamiento y control social por encima de los particularismos territoriales.

Los conflictos que se vivieron, durante la vigencia de la Gran Colombia, en la frontera entre sus secciones Central y Sur, se llevaron a cabo entre caudillos que hacían de la territorialidad el fundamento de su poder, pero que a la vez se encontraban investidos de una determinada autoridad estatal, al ocupar también los más altos cargos de la administración pública. En varios casos esta última condición impidió el agravamiento del conflicto surgido por el control territorial. En otras circunstancias, los levantamientos caudillistas debieron reunir unas determinadas condiciones, de tal forma que pudieran justificarse dentro del marco constitucional de la República. Dicha apelación a la Constitución podría interpretarse en sentido contrario, como que cualquier tipo de conducta era susceptible, directa o indirectamente, de legitimarse a partir de aquella. Sin embargo, es más plausible concebir todo esto como una tensión que, a la vez que le marcó límites a las prácticas de los dirigentes, derivó en un empleo retórico de los principios constitucionales.

Hemos indicado cómo la provincia de Pasto fue objeto, en 1827, de un interés particular por parte de Juan José Flores, en su condición de Comandante de la sección Sur (actual Ecuador); posteriormente, en el contexto de la lucha contra la dictadura de Bolívar, el conjunto del Departamento del Cauca se vio envuelto en un proyecto que trascendía la sección central, implicaba el derrumbe de las autoridades del Distrito Sur e involucraba a las fuerzas peruanas. En todos estos hechos el caudillo, como expresión de una forma particular de acción política, dejó su marca en la configuración espacial de las naciones en formación, a la vez que le otorgó una dinámica particular a los estados.

AUSENCIA DE UNA FRONTERA NACIONAL

La disolución de la Gran Colombia y el proceso simultáneo de constitución de nuevos estados independientes colocó al Departamento del Cauca en una situación especial desde el punto de vista de los problemas que aquí se estudian. Hacia 1830, las élites de Pasto y Popayán estaban, de forma mayoritaria, alineadas en el bando que desde Santafé lideraba el general Santander, por su parte, las del Valle del Cauca se parcializaban más por Bolívar. En estas condiciones, la dictadura asumida por Rafael Urdaneta, con el apoyo de las fuerzas adeptas al Libertador, suscitó encontradas reacciones, combinándose con las que generaba el proceso de desmembración de la Gran Colombia que se llevaba simultáneamente a cabo.¹⁶

De manera autónoma las autoridades de Popayán convocaron a una Asamblea, en la que, en primera instancia, determinaron que el pacto político que las sujetaba al gobierno de Santafé quedaba sin vigencia y que, por lo tanto, asumían la plena soberanía sobre las provincias de su jurisdicción. La aristocrática y esclavista Popayán lideró el proceso mediante el cual dicha soberanía volvía de nuevo a su seno.

Al tiempo que esto ocurría en las regiones del norte, en las del sur se desconocía al gobierno de Santafé y se declaraba la anexión al Ecuador. Así lo hicieron Pasto y su área de influencia, además del puerto de Buenaventura. La élite payanesa optó, entonces, por ir más allá y también adhirió al Ecuador. Entre las razones que le sirvieron de soporte a tal decisión se expresaban, entre otras, la inexistencia de un poder central legítimo en la Nueva Granada; la eventualidad de un enfrentamiento entre Bogotá y el Ecuador que haría del territorio payanés el escenario de la guerra sin que sus pobladores tuvieran suficientes recursos para la defensa; los lazos históricos y de diverso género que la ligaban con Quito y las seguridades que les ofrecía un Ecuador pacífico y ordenado.¹⁷ Al mismo tiempo, los propietarios payaneses aportaron recursos para organizar un ejército bajo la jefatura de José María Obando. Los antiguos seguidores del caudillo, reclutados en el Patía, constituyeron la base de dicho ejército. Las rivalidades entre los distintos centros de poder —Quito y Bogotá— fueron aprovechadas políticamente por las regiones cuando sus intereses eran vulnerados.

16. Para una descripción detallada de los hechos véase Carlos Restrepo, "La Nueva Granada 1831-1840", en Carlos Restrepo, comp., *Historia extensa de Colombia*, vol. 8, t. 1, Editorial Lerner, Bogotá, 1971, pp. 243-630.

17. Véase José María Arboleda, "Incorporación de Popayán al Ecuador", *Revista Popayán*, vol. 25, No. 263, Popayán, 1957, pp. 32-38.

El papel del caudillo, en estas circunstancias, fue ambiguo. Convocado por las élites para que, mediante su liderazgo militar, le brindara seguridad a la región, fueron ellas las que definieron el derrotero central a seguir. Aportaron los recursos para el levantamiento de las tropas, pero fue el caudillo quien, mediante las relaciones cultivadas a lo largo de los años, colocó la mayor cantidad de efectivos. Éste, por su parte, se valió del lugar en el cual las circunstancias lo colocaron para trascender el ámbito regional y alcanzar la esfera del poder estatal central, con lo cual sus acciones fueron más allá de la actitud defensiva que en algunos aspectos manifestaron las élites, sin que por ello la actividad política de éstas se haya circunscrito a lo local. Pretendieron, directa e indirectamente, participar de los órganos de decisión general.¹⁸

En el caso que tratamos, además, se puede hablar de una separación entre las élites y el caudillo, en tanto que sobre éste recaía la desconfianza por su origen no aristocrático y el tipo de sectores de la población que lo seguía. Los caudillos obtuvieron un reconocimiento supraregional que, en ocasiones, no fue compartido por las élites de su propia región.

La renuencia de Obando a formar parte del Ecuador obedecía, antes que a un sentimiento de pertenencia que lo ligara con Santafé, al desacuerdo que desde tiempo atrás mantenía con el grupo liderado por Flores. Pero la actitud de Obando no era la de las élites regionales, las cuales, efectivamente, consideraban que sus intereses estaban mejor protegidos bajo el nuevo gobierno al cual se anexaban y pensaban fortalecerlo como manera de eludir la amenaza que significaban las autoridades de Bogotá.

El éxito alcanzado por los ejércitos comandados por Obando lo llevaron a que, en virtud a lo estipulado en la nueva Constitución que daba origen a la República de la Nueva Granada, fuera elegido Presidente de ella. Dado el carácter particular que revistió el ejército organizado en Popayán, el ascenso de su jefe a la máxima posición del Estado no significó que inmediatamente el Departamento del Cauca considerara este triunfo como suyo y, en consecuencia, procediera a declarar su separación del Ecuador para unirse a la recién promulgada nación granadina, la que ahora reclamaba sus derechos sobre dicho departamento. Por el contrario, se generaron fuertes controversias en torno a tres propuestas básicas: seguir formando parte del Ecuador, crear un Estado independiente en asocio con el Departamento de Antioquia o, por último, anexarse a la Nueva Granada. Otra reacción fue la movilización general de las fuerzas ecuatorianas.

Los hechos arriba descritos confirman la idea de que existió un distanciamiento importante entre los caudillos y las élites regionales de Cauca. No bas-

18. Véase Francisco Zuluaga, *José María Obando. De soldado realista a caudillo republicano*, Banco Popular, Bogotá, 1985, pp. 37-68.

taba que aquellos alcanzaran los endebles aparatos del poder central para que las aristocracias de esas regiones se sintieran representadas, ya porque el mismo caudillo no les suscitaba la confianza necesaria o ya porque, a pesar del triunfo alcanzado, el contexto general no era lo suficientemente sólido como para arriesgar un giro político como el que significaba volver a depender de Bogotá.

Esa independencia del caudillo iba ligada a su capacidad para trascender el ámbito regional desde el cual lanzaba su campaña. La capacidad estaba en función de los éxitos militares, los que, no en poca medida, obedecían a una estrategia que jugaba con las circunstancias políticas que se vivían en un radio territorial muy amplio. Obando tuvo en cuenta, al lanzar su ataque contra Urdaneta, tanto lo que sucedía en Quito, como lo que se desarrollaba en Caracas, a la vez que coordinó sus acciones con las de otros jefes regionales del distrito central.

La anexión del Cauca al Ecuador, independiente de lo que se hayan propuesto los jefes militares o las élites de las diferentes regiones que optaron o se plegaron a esta solución, obligó a que las fuerzas del gobierno se precipitaran para detener tal acción, en condiciones tales, que fueron rápidamente derrotadas, dando lugar con ello a que más provincias se levantaran. Con la anexión se buscó salvaguardar al Departamento del Cauca de los efectos de la guerra y debilitar al gobierno de Bogotá y eso se logró.

A pesar de la oposición de algunos sectores de las élites, los caudillos se pusieron al frente de un movimiento que buscó el retorno del Cauca. Consideraciones de tipo económico y estratégico llevaron a estos caudillos, lo mismo que al conjunto de constituyentes que participaron en la promulgación de la República de la Nueva Granada, a reclamar el territorio caucano. Sin esa porción de territorio se perdía el acceso al océano Pacífico y se cortaba la continuidad con el Departamento de Panamá, además de tener entonces que contar, al sur, con un país que se tornaba fuerte justamente a raíz de esas anexiones. Al final, la reincorporación a la Nueva Granada fue proclamada por los patricios payaneses y caleños con los mismos argumentos con los que antes se había optado por la segregación: ahora resultaba que existía una mayor identidad de "hábitos y de intereses" con las provincias del centro que con las del sur.

El fuerte interés que manifestó Ecuador por conservar al menos los pueblos andinos de la provincia de los Pastos y la ciudad de Tumaco, manifiesta el valor estratégico que Quito le dio al hecho de alcanzar una vía que uniera, por el norte de su territorio, los Andes con el océano Pacífico. De ahí que, mientras se mostró flexible para que Popayán realizara asambleas y deliberara sobre su futuro político, le negó esa posibilidad a las provincias más suroccidentales del Cauca.¹⁹

19. Véase Carlos Restrepo, comp., *Historia extensa...*, p. 310.

De otra parte, las regiones de Popayán y del valle del Cauca, a la hora de proclamar su separación del Ecuador y simultánea reincorporación a la Nueva Granada, actuaron de manera independiente, cada una por separado, a pesar de proclamar su pertenencia común al Departamento del Cauca. En consecuencia, no hicieron manifestación alguna cuando el gobierno ecuatoriano reafirmó su soberanía sobre la región de Pasto y parte de Buenaventura. Como ya se ha señalado, los conflictos entre Popayán y Pasto fueron constantes durante el período colonial y en la época de la Gran Colombia se mantuvieron. Por otra parte, Cali era vista con desconfianza por los pastusos, quienes habían sido invadidos en el pasado por tropas procedentes de aquella ciudad.

Hubo consenso entre los vecinos de Popayán y de las otras ciudades cuando decidieron su reincorporación a la Nueva Granada, pero no frente a las causas que motivaban su acción. Algunos consideraban que las razones arriba señaladas no expresaban con exactitud lo que los empujaba a tomar el nuevo camino. Daban a entender que más que el deseo general de evitar una guerra entre los dos países, lo que en particular temían era que llegaran a ser objeto de las retaliaciones de los granadinos ahora que éstos poseían una fuerza militar considerable, superior a la que los ecuatorianos podían movilizar. Efectivamente, el Cauca retornaba a la Nueva Granada presionada por las armas de este país en formación.

Es un período en el cual, a la par que existen centros de poder como Bogotá, Caracas y Quito, con una mínima capacidad como para congregarse a su alrededor regiones que son altamente sensibles a tal influencia, se presentan zonas que disponen de un repertorio político especial, dado, en primer lugar, su condición fronteriza. En el contexto que describimos, las desventajas que tiene el distanciamiento geográfico y político con relación al centro, se compensan con la posibilidad de contar, en determinadas circunstancias, con el recurso separatista para el logro de determinados fines. Además de las regiones caucanas, también el Casanare y Panamá, recurrieron a las mismas alternativas. El aislamiento, la condición fronteriza y la situación política interna de los países vecinos explican, en parte, la conducta asumida en dichos territorios.

Cuando obraban de esa forma, lo que estaba en juego en primer lugar no eran propiamente sentimientos de pertenencia a una colectividad mayor, sino el deseo de defender su relativa autonomía. Se trata de una época y unas circunstancias en las cuales la negociación política en torno a qué Estado se pertenece en cierto sentido se facilita en tanto las comunidades mantienen su identidad territorial: pueden integrarse a cualquier universo que les garantice así sea muy parcialmente mantener esa condición. En ningún caso, el sentimiento de pertenecer a una comunidad nacional determinada condicionaba sus actos y solo los instrumentos de poder, más tarde, fueron los que

hicieron importantes esos sentimientos.²⁰ Lo cual no quiere decir que aspectos como la percepción de haber formado parte en el pasado a una entidad común o el hecho de compartir una serie de expresiones culturales, no hubieran influido.

La importancia que tuvieron las disputas o alianzas con terceros países en la adscripción o no de una región a un determinado Estado, de nuevo fue evidente cuando el Ecuador inició conversaciones con el Perú con miras a celebrar un tratado de amistad y alianza mutua como una medida de presión ante la Nueva Granada. Ese país estaba interesado en que se aboliera el tratado suscrito con la Gran Colombia, luego de su fallida invasión en 1829, y en asegurar la posesión de Jaén y Maynas. El distanciamiento entre Bogotá y Quito y la necesidad que tenían las autoridades de esta última ciudad de fortalecer su posición ante la primera, favorecía esos intereses. El futuro de las regiones del Cauca se encontraba así conectado con las estrategias políticas de tres estados diferentes.

El apoyo externo que esperaba Ecuador no se dio y ni siquiera funcionó como factor de disuasión, además y como siempre, la crisis política interna distrajo la atención y los recursos necesarios para desarrollar una campaña exitosa en la guerra que aquel país le había declarado a la Nueva Granada, en donde alrededor de estos hechos también se libraba un conflicto importante. El gobierno civil que, conforme a la nueva Constitución, se había instalado en Bogotá, hasta el último momento mantuvo el control de la situación relacionada con el litigio territorial. Le hizo frente a las presiones de los comandantes del ejército que estaban por una acción armada de mayor envergadura. En este aspecto, el ejecutivo se colocaba en la misma actitud que en el ámbito regional manifestaban las élites caucanas y que correspondía también a la línea general que, en todo el territorio bajo su jurisdicción, trataba de implementar la facción que había derrotado a los bolivarianos. En el centro de sus preocupaciones estaba la necesidad de establecer la paz que permitiera colocar las bases del adelanto económico del país. Prueba de esa convicción es el hecho de que un problema territorial de las dimensiones señaladas fuera manejado, principalmente, por la vía de los procedimientos diplomáticos. Pero una razón de gran peso que condicionó también la conducta seguida por el gobierno central fue la necesidad que tuvo de neutralizar cualquier acción que redundara en un mayor fortalecimiento del caudillo Obando.

El problema territorial, en una de sus múltiples dimensiones, se convirtió en el escenario de la disputa entre un gobierno civil y un tipo de caudillismo particular que, aceptando y promoviendo en lo general los marcos le-

20. Véase Eric Hobsbawm, *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Editorial Crítica, Barcelona, 1990.

gales, hizo pesar su poder regional sobre las decisiones de lo que pretendía ser el centro político del Estado. Ese poder adquiere una cobertura mayor cuando el caudillo es designado jefe de los ejércitos de la República, pero sin que ello signifique que adquiere una fuerza absoluta o determinante. En todo caso, es posible señalar que el factor que, en ausencia de un término más adecuado, llamamos civilista resulta victorioso en ese conflicto.

Los factores adversos que debió enfrentar el gobierno ecuatoriano lo colocaron en una situación desventajosa en el momento de las negociaciones. El tratado firmado a finales de 1832 no le concedió ninguno de los territorios por los cuales había movilizado importantes recursos militares y diplomáticos.²¹ La única concesión que obtuvo consistió en el compromiso de la Nueva Granada para estudiar posteriormente el destino de los puertos de Tumaquito y Tola, pertenecientes a la provincia de Buenaventura.

El establecimiento de la precaria frontera nacional colombiana fue, ante todo, la imposición de la autoridad estatal ejercida desde Bogotá, sobre las ciudades que luchaban por mantener un amplio margen de autonomía. Autoridad que se desplegó sobre la base de múltiples transacciones políticas y movilizaciones militares. Mientras esto no se dio, el límite internacional no fue otra cosa que el contorno del área de influencia de ciudades que tenían la suficiente capacidad como para enfrentar el débil poder del centro político en construcción.

BIBLIOGRAFÍA

- Arboleda, José María,
1957 "Incorporación de Popayán al Ecuador", *Revista Popayán*, vol. 25, No. 263, Popayán.
- Arroyo, S.; Valencia, J.,
s.a. *Apuntes históricos sobre la revolución de la independencia en Popayán*, vol. XII, Nos. 119-120, Biblioteca Popular.
- Bastidas, Edgar,
1979 *Las guerras de Pasto*, Editorial Testimonio, Pasto.
- Castrillón, M. J.,
1934 "Apuntamientos históricos curiosos sobre la guerra de independencia en Popayán", *Boletín histórico del Valle*, vol. 2, Nos. 21-22, Cali.
- Deas, Malcolm,
1983 "La presencia de la política nacional en la vida provinciana, pueblerina y rural de Colombia en el primer siglo de la República", en Marcos Palacio, *La uni-*

21. Véase Antonio José Uribe, *Anales diplomáticos y consulares*, Ministerio de Relaciones Exteriores, Bogotá, 1920, pp. 70-75.

- dad nacional en América Latina. Del regionalismo a la nacionalidad*, El Colegio de México, México.
- s.a. "Algunas notas sobre la historia del caciquismo en Colombia", *Revista de Historia*, No. 2, Bogotá.
- Demélas, Marie-Danielle,
1987 "La política de los prelados. El alto clero andino y el absolutismo", en Antonio Annino, *Del Estado colonial al Estado nación*, Franco Angeli Libri, Milano.
- Guerra, Francois-Xavier,
1992 *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*, Editorial MAPFRE, Madrid.
- Helguera, León J.; Davis, Robert, eds.,
1972 *Archivo Epistolar del General Mosquera. Correspondencia con el General Pedro Alcántara Herrán, 1827-1840*, Editorial Kelly, Bogotá.
- Hobsbawm, Eric,
1990 *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Editorial Crítica, Barcelona.
- Jaramillo Uribe, Jaime,
1984 "Nación y región en los orígenes del Estado nacional en Colombia", en I. Buisson; G. Khale, eds., *Problemas de la formación del estado y la nación en Hispanoamérica*, Koln Bonn.
- López, José Hilario,
1969 *Memorias*, Editorial Bedout, Medellín.
- Lynch, John,
1987 *Hispanoamérica 1750-1850. Ensayos sobre la sociedad y el Estado*, Centro Editorial de la Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- Minaudier, Jean Pierre,
1987 "Pequeñas patrias en la tormenta: Pasto y Barbacoas a finales de la Colonia y en la Independencia", *Historia y Espacio*, Nos. 11-12, Universidad del Valle, Cali.
- Obando, José María,
1969 *Apuntamientos para la historia*, Editorial Bedout, Medellín.
- Ortiz, Luis Javier,
1985 "Participación de los sectores populares en la independencia de Pasto, 1809-1842", *Historia y Espacio*, No. 9, Universidad del Valle, Cali.
- Restrepo, Carlos,
1971 "La Nueva Granada 1831-1840", en Carlos Restrepo, comp., *Historia extensa de Colombia*, vol. 8, t. 1, Editorial Lerner, Bogotá.
- Safford, Frank,
1972 "Social aspects in politics in nineteenth-century Spanish America: Nueva Granada 1825-1850", *Journal of Social History*.
- 1974 "Bases of political alignment in early Republican Spanish America", en R. Graham; P. H. Smith, edit., *New approaches to Latin American history*, University of Texas Press, Austin.
- Uribe, Antonio José,
1920 *Anales diplomáticos y consulares*, Ministerio de Relaciones Exteriores, Bogotá.
- Zuluaga, Francisco,
1985 *José María Obando. De soldado realista a caudillo republicano*, Banco Popular, Bogotá.